La vida de oración del pastor: el lado personal por James E. Rosscup

45m100 Puntos

Capítulo 10

La vida de oración del pastor: El lado personal

James E. Rosscup

El enfoque se centra en dos pasajes relacionados con la oración y su enseñanza respecto al impacto de la oración en el ministerio pastoral. El tema desarrollado en Juan 15.7-8 es una vida de oración y la obtención de respuestas a esa oración. Ese estilo de vida resulta en la glorificación de Dios, multiplicación de frutos y autenticación de quien ora. Efesios 6.10-20 enfatiza el poder de la armadura de Dios, detalla las varias partes de tal armadura y llega al clímax refiriéndose a la oración que debe acompañar dicha armadura. No conviene al pastor descuidar estas verdades esenciales con relación a la armadura, particularmente la oración, en tanto que ministra al pueblo.

Dios ha concedido su Palabra como la herramienta principal del pastor. La Palabra de Dios deja claro que una mezcla adecuada de la Palabra con la oración es el acercamiento más estratégico al ministerio. Dos pasajes centrales captan esto, uno de Jesús—el líder más grande—y el otro de Pablo, uno de los mejores ejemplos de ministerio por la causa de Cristo.

Los dos concuerdan en que el ministerio centrado en Dios, hondamente aguzado por la Palabra y la oración, produce frutos aprobados por Dios. Un debate de las palabras de Jesús en Juan 15.7-8 y las de Pablo en Efesios 6.10-20 verifica la importancia de resaltar la Palabra y la oración en el ministerio pastoral.

OREMOS COMO EN JUAN 15.7-8

El permanecer está en el corazón de la vida cristiana de acuerdo con el mayor de los pastores, Jesús. En Juan 15.4, «permaneced en mí», Jesús expresó su pasión por los suyos. En el mismo versículo y el siguiente continuó: «y Yo en vosotros… el que permanece en mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto…» Finaliza el v. 5 añadiendo: «porque separados de mí nada podéis hacer». «El fruto» no es nada más que lo que Cristo produce a través de sus ramas. La posibilidad de producir lo que Dios llamaría «fruto» es nula sin esta permanencia.

En este contexto de una rama (un creyente) en una vid (Cristo) probablemente se practique la estancia o permanencia de tres modos: Una persona que está en Cristo (o sea, «en Mí», en verdadera unión con Él) necesita *relacionarse* con Cristo, la vid, como una rama física se relaciona con su vid. Un humano, sin embargo, difiere de la rama física en su capacidad de pensar, ejercitar su voluntad y sentir sus emociones. Él, por lo tanto, puede relacionarse con la persona de Cristo y sus valores y prioridades. Esto es pensar, hablar y hacer lo que armoniza con Cristo y su voluntad conforme se expresa en su Palabra. El creyente puede lograr esto hasta cierto grado y no obstante tener espacio para más crecimiento.

La persona que permanece *rechaza* lo que se opone a la persona y propósito de Cristo como se aclara en los principios de la Escritura. El que permanece *recibe* del mismo modo que la rama física se alimenta de su vid. Se beneficia de lo adecuado de Cristo y su Palabra. Los cristianos inician su vida en el Señor

recibiendo la vida eterna que él da (Jn 1.12). Reciben por fe (1.12; 3.16; 6.54). Después que comienzan a recibir, siguen en la vida cristiana según el mismo principio, andando por fe (7.37-38). «Permanecer» es el nombre que se da a esta continuidad (6.56; cf. v. 54).

Jesús continúa en Juan 15. «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (v. 7). En otras palabras, «si sois gente que habita en mí»—y todos los que comen y beben de Él por la fe, habitan en Él (Jn 6.54, 56)—, «aquí hay algo fantástico que será tuyo, el privilegio de orar y experimentar las respuestas que Dios da, que son el fruto de tu vida como sarmiento».

En el mismo discurso Jesús explica que ambos, Él (14.14) y su Padre (15.16; 16.23) darán las respuestas. Ellos proveerán todo lo que su pueblo, que mora en él, pida orando en su nombre (15.16). Pedir en el nombre de Jesús es pedir lo que está en armonía con su voluntad conforme nos indica en su Palabra. «Mis palabras» (v. 7) reflejan lealtad a Dios que influencia e infunde oración productiva. Jesús indica una relación estrecha entre permanecer en él y que sus palabras permanezcan en nosotros. Las palabras pertenecen a Él, el perfecto articulador y autor de la Palabra de Dios. Los valores y prioridades de toda la Palabra de Dios son los que él ejemplifica y los que defiende. En su persona y sus palabras se une con el Padre y el Espíritu. La persona que habita en Él permite alegremente que sus palabras habiten en Él.

Jesús quiere que su pueblo ore de la manera que lo prescribe la Palabra de Dios. Acaba de decir: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él» (14.21). ¿De qué modo se manifiesta Cristo a la persona que ora conforme a su Palabra (14.21; 15.7)? Lo hace en la esencia central del fruto producido, que es Él mismo. El fruto viene de Cristo la vid, y lo manifiesta a él, su calidad de vida, y cómo es. Es la vida de Cristo puesta en obra, exhibida por sus pámpanos (Gá 2.20; Fil 1.21).

Jesús habló estas palabras acerca de permanecer, orar y llevar fruto a sus once discípulos. Judas, el doceavo hombre, se había marchado antes (13.30). No era un creyente genuino y nunca había sido limpiado espiritualmente como lo habían sido los otros once (13.10-11; cf. 15.2-3). Dios había apartado a los once que quedaban (6.44, 65), y Jesús los había entrenado para el ministerio durante una gran parte de su minis-terio terrenal. Un trabajador pastoral puede aprender mucho prestando atención a lo que Jesús expresó aquí como vital para cualquiera en el ministerio. Los oyentes eran líderes en ciernes que eventualmente representarían a Cristo en el ministerio. La pasión de Cristo era que fueran siervos de *oración*. Con el tiempo serían ellos quienes enseñarían a otros la importancia de la oración.

Juan 15.8 define cómo se relaciona la vida de permanencia en Cristo y la permanencia de las palabras de Cristo en ellos (es decir, la vida de oración y recepción de respuestas) con los tres logros grandiosos. Muestra que la vida de oración es una vida de *glorificación, multiplicación* y *autenticación*.

Glorificación La idea común de los versículos 7 y 8 es clara. «En esto» comienza en el versículo 8 indicando hacia delante a «mucho fruto» que aparece posteriormente en el mismo versículo. Este fruto consiste en las respuestas a la oración prometidas en el versículo 7. El versículo 8 indica que el Padre es glorificado en la positiva respuesta de Dios a la oración de uno que permanece en Cristo (o sea., «en

esto», el «mucho fruto» es resultado de la permanencia en Él). El fruto glorifica a Dios haciendo visibles sus virtudes, valores y propósitos; hallando su belleza en Cristo y su Palabra.

La naturaleza del fruto es evidente en el contexto circundante: paz (14.27), amor (15.8-12) y gozo (15.11). También consiste en la manifestación de lealtad a Cristo al enfrentar las hostilidades del mundo contra Él (15.18-25), de una vida que enseña el Espíritu de verdad (15.26; cf. 15.7), y de hacer obras mayores que las que realizó Cristo en la tierra (14.12). Porque él, como la vid, continuará su ministerio haciendo obras a través de sus ramas (véase Gá 2.20; Fil 1.21). Estas obras mayores por ellos y Él son respuestas a la oración formadas por su Palabra (Jn 14.13; 15.7-8).

¡Qué mensaje sobre valores para guiar a los que presiden en el ministerio pastoral! ¡Todo el fruto proviene de la vida de Cristo! Sí, todo se relaciona con lo que *Dios* realiza (Jn 15.7, 16). Él lo hace a través de los cristianos en respuesta a sus oraciones en armonía con la Palabra. La oración es obviamente de consecuencia trascendental.

Esto es sumamente significativo para el obrero cristiano. Lo llama a consagrar una gran labor de prioridad a la oración, en otras palabras, a otorgar a la oración el lugar que Cristo le dio. Si no lo hace, debería replantearse su sistema de valores. De otro modo, estará ministrando conforme a su propia agenda antes que según la expresión de Cristo respecto a los valores. Esta observación refina el a menudo citado aforismo: «Solo una vida, pronto pasará. Solo lo hecho para Cristo perdurará». La última línea bien podría rezar: «Solamente durará lo que se haga por medio de la oración», de acuerdo con Juan 15.

Juan 15.16 confirma esto cuando dice que solo cuando una persona permanece en Cristo, permitiendo a Cristo vivir su «vida de viña» por medio de él, entonces permanecerá su «fruto». Esta es la obra de Dios hecha para ti (vv. 7, 16) en respuesta a la oración bíblicamente orientada, el «mucho fruto» del versículo 8. Esto es lo que glorificará al Padre.

Multiplicación

«Mucho fruto» (v. 8) describe la multiplicación que Cristo tenía en mente. ¿Por qué pensó en fruto en tan gran cantidad? ¿Por qué no solo «fruto»? Tal vez podamos obtener alguna respuesta relacionando el fruto con lo que dijo acerca de la cuarta tierra en la parábola de Mateo 13.1-9 y su explicación en Mateo 13.18-23. Esta tierra, representando el corazón de un creyente, recibe la simiente de la Palabra de Dios. Entre cuatro categorías en que cae la simiente, solo este tipo de corazón lleva fruto: algunos a ciento por uno, algunos a sesenta por uno y otros a treinta por uno. Las tres cantidades de fruto son relativamente grandes. Esto podría indicar que Jesús, el narrador de la parábola, piensa en grande. Está seguro de lo que puede hacer por medio de su simiente en la gente donde obra su Palabra (véase Jn 15.7). La palabra es poderosa y puede conseguir grandes cosas. Un gran Salvador puede hacer posible que haya *mucho* fruto. El tenerlo a mano para que produzca más fruto se alcanza *a través la avenida de la oración*.

Cuando un creyente produce algo de fruto, el Padre usa su Palabra para limpiar al creyente de modo que él pueda llevar incluso «más fruto» (Jn 15.2-3).Eventualmente los creyentes podrán llevar «mucho fruto» (vv. 4, 8).

La cantidad de fruto que llevan los creyentes varía en parte por los problemas del pecado contra los cuales deben contender (Ro 7.14-25). Puede darse el fracaso, pero eventualmente podrá venir la victoria produciendo fruto como resultado e incluso «mucho fruto». Al pastor George W. Truett le gustaba decir desde el púlpito en la Primera Iglesia Bautista de Dallas: «Dios puede dar una buena paliza con una vara torcida». Es como un trozo de tierra cubierto con grama silvestre con la que el agricultor debe luchar. Empieza aclarando su tierra.

Elimina algún árbol, arbustos con frutos venenosos y hierba silvestre. Cultiva el terreno y planta la simiente. El fruto que obtiene al principio no es tanto como el que vendrá después. Pero comparado con la falta de fruto, la cantidad de fruto cambia considerablemente. Luego, al limpiar más la tierra, el fruto se incrementa. Entonces el contraste con la tierra cuando era totalmente improductiva es incluso mayor (Jn 15.5).

Este ejemplo ilustra la santificación progresiva de Dios en la vida de los cristianos (Ro 6-8) después de haberlos justificado (Ro 3.21—5.21). Aquellos que Dios ha declarado justos tienen fruto en relación con la santidad (Ro 6.22). Pablo escribe con el entendimiento de que todos los justificados tienen este fruto. Puede variar en cantidad (véase Mt 13.23), pero eventualmente la justificación conduce a la santidad de vida. Pablo lo describe de modo diferente en Efesios 2.8-10: la salvación que es por gracia por medio de la fe conduce a las buenas obras propuestas por Dios. Junto con el propósito de Dios, el cristiano también tiene su función (Fil 2.12), en cooperación con Dios, que está obrando para darle valor y energía en su interior (Fil 2.13). La productividad puede variar inmensamente de un cristiano a otro, de cuando en cuando o durante toda la vida. No obstante todos mostrarán un marcado cambio de la improductividad de frutos que caracterizaban sus días cuando no eran salvos.

El padre recibe gloria por medio del fruto multiplicado en la actividad de la Palabra y la oración. Un obrero pastoral, de todo el pueblo, debe ser uno cuya vida tenga como característica la multiplicación de este tipo.

Autenticación

Los líderes y todos los otros creyentes verdaderos que siguen a Cristo son sus discípulos auténticos, de acuerdo con la finalidad de Juan 15.8. Esto se evidencia en la Gran Comisión (Mt 28.19-20) y a menudo en Hechos (6.1-2; 11.26, etc.). Ser discípulos suyos implica ser sus aprendices, alumnos o seguidores. Todas las ovejas verdaderas lo siguen en un sentido verdadero (Jn 10.27-29).

Juan 15.8 dice que el fruto llevado por medio de la oración es una confirmación o autenticación de ser un discípulo: «y seáis así mis discípulos» (RV 60). Puesto que permanecer es la vida de los que creen (6.54, 56) y ya que el fruto manifiesta la permanencia, es completamente razonable que el fruto sea una prueba de lo genuino, una característica que testifica de los creyentes: «Por esto sabrán que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos por los otros» (13.35). Los creyentes también ven el fruto confirmador (1 Jn 2.35). Otras confirmaciones que traen certeza son las promesas de la Palabra de Dios en el testigo interno del Espíritu de Verdad.

Jesús ha puesto la oración en un papel de significado profundo. Todo el que le sirve puede demostrar que es su verdadero seguidor haciendo lo mismo. El fruto del cristiano refleja su discipulado en Juan 15.8, siendo el secreto del fruto la oración (v. 7). Esto es cierto para quienes están en el liderazgo pastoral como lo fue para los once discípulos que formaban la audiencia original de estas palabras. Deben proclamar la importancia de la oración a otros, pero primero deben predicarla a sí mismos. Como seguidor ejemplar de Cristo (1 Co 11.1), cada uno debe aplicar la lección para sí mismo.

OREMOS COMO EN EFESIOS 6.10-20

Pablo sigue el ejemplo de Cristo enfatizando la importancia de la oración. Antes de exhortar a los lectores de éfeso para que oren, Pablo ejemplifica la oración para ellos. Dos irrupciones espontáneas de intercesión en medio de las descripciones de bienestar de los creyentes en Cristo marcan a Efesios 1-3. La abundante misericordia, que sobreabunda en «toda bendición espiritual» (1.3), lo lleva a pedir que sus lectores se den cuenta en sus prácticas diarias del estilo de vida que hace posible tan sorprendente riqueza (1.15-23; 3.14-21).

Cada una de las intercesiones revela facetas de suprema importancia en la vida cristiana y en el entendimiento de cómo orar relevantemente por uno y por los demás. Cada una de ellas presenta una profunda preocupación porque la productividad espiritual de los lectores es agradar a Dios «en todo sentido», como el apóstol ruega en otra epístola (Col 1.10). Su preocupación se hace visible cuando pide a Dios que los llene con el conocimiento de su voluntad, su poder, su firmeza, su gozo y su acción de gratitud a Él (Col 1.9-12). El enfoque primario está en estas preocupaciones vitales, no en la recuperación física por un brazo roto, por un nuevo trabajo o en poder dormir para aliviar el insomnio. Las segundas cargas son muy importantes también, en lo que se relaciona con estas cosas, Dios lo incluye en sus oraciones. Debemos echar todas nuestras ansiedades en Dios (1 P 5.7). Sin embargo, los asuntos que forman nuestra vida, que Pablo enfatiza, deben tener un lugar generalizado en nuestras oraciones. Por desgracia, a menudo están todos ellos demasiado ausentes en las peticiones de oración o aparecen de cuando en cuando. Los líderes pastorales son responsables de corregir esto por medio de su enseñanza, ejemplo y énfasis.

Después de su enfoque en la riqueza y el ejemplo en la oración, Pablo dedica sus últimos tres capítulos de Efesios a un estilo de vida que se corresponde con este bienestar expresándolo en una relación personal práctica. Muestra a los creyentes de qué forma pueden traducir aquello por lo que han pedido para ellos en un «caminar» diario, un término que ha empleado en 2.2, 10 y ahora lo utiliza con frecuencia en el resto de la epístola (4.1, 17; 5.2, 8, 15). Deben conducirse de una manera consistente con los elevados privilegios que Dios les ha concedido. Pueden hacerlo por medio de su unidad (4.1-16), santidad (4.17-32), amor (5.1-7), luz (5.8-14) y vidas llenas del Espíritu (5.15—6.9), todas las cualidades que se mezclan simultáneamente en cada vida.

Ciertamente, un caminar de esa naturaleza es «digno» (4.1) del maravilloso llamado en los capítulos 1—3. Los beneficios por los que Pablo oró tan urgentemente para ellos, en 1.15-23 y 3.14-21, marcan tal conducta.

Siguiendo su extensa sección sobre la plenitud del Espíritu, Pablo llega a las últimas palabras cruciales de su carta. Relaciona el caminar de lo cual ha hablado con el mundo real que enfrentan los creyentes, un mundo en que todas las cosas decentes que Dios mantiene son lo opuesto de todo lo malo de quienes marchan bajo la bandera negra del príncipe de las tinieblas. Quienes poseen el bienestar y caminar de Dios conforme él lo prescribe están luchando una guerra a muerte (6.10-20).

Poder en la armadura

Para ser victoriosos en la batalla, los creyentes necesitan el poder de ser «fortalecidos en el Señor y en el poder de su fuerza» (Ef 6.10). Necesitan «armas de justicia a diestra y a siniestra» (2 Co 6.7). «Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios…» (2 Co 10.4). Nada menos que el poder de Dios puede conquistar al enemigo, un tema que está relacionado con la oración y a menudo se halla en la Escritura. Los cristianos se enfrentan contra las filas de legiones diabólicas en las regiones celestes y a través de fronteras internacionales que ejercen influencia y buscan a los creyentes para atacarlos (Ef 6.12). El diablo usa cualquier campo que se le abra para oponerse a quienes pertenecen a la iglesia de Cristo (Ef 4.27). La fortaleza divina (v. 10) es algo esencial para combatir las estratagemas del enemigo (v. 11).

Los cristianos se aseguran ese poder apropiándose de las armas que Dios ha dispuesto. Se lo «ponen» o lo «toman» como un don, porque Dios lo ha dado por gracia. «Yo tomo y él emprende» ha sido el refrán vencedor para los cristianos en conflicto. Fortalecidos en el Señor y en el poder de su fuerza, se mantienen firmes como soldados espirituales sin importar el ataque que pueda sobrevenir. Pueden detener las fuerzas del mal de manera individual y corporalmente como iglesia. Por tanto, «están para mantenerse» (v. 14). ésta es la exhortación principal en la sección sobre la guerra espiritual. Los temas de Efesios 6.10-20 hallan repeticiones en otras partes. Gran parte de la esencia del discurso de Jesús en el aposento alto, del cual Juan 15.7-8 constituye una parte, es asombrosamente similar.

Partes de la armadura

Seis partes constituyen la lista de la armadura, sacadas del conocimiento de Pablo del vestido militar romano y de las Escrituras. Las pocas piezas que especifica representan todos los aspectos de la vida cristiana. La lista implica otras cualidades mencionadas en otras partes de la epístola (p.ej., gracia, amor, gozo, benignidad). La gracia de Dios es abundante en todas sus provisiones (1.3-14; 2.8-10). También lo es el amor (1.4-5; 2.4-6; 4.14-16; 5.2). Pablo también se refirió con anterioridad a la humildad, mansedumbre, paciencia (4.2), santidad (4.24) y bondad (4.32).

Verdad. Pablo inicia esta lista con dos elementos que caracterizan el fruto en la esfera de la luz. éstos son el cinturón de la verdad y la coraza de justicia (6.14). Agrupa una tercera cualidad de bondad con estas dos en 5.9. La bondad es prominente en el contexto (4.28-29; 6.8). La verdad precede a la justicia como en ocasiones lo hace en otras partes (Is 48.1; Zac 8.8), aunque en ocasiones viene primero la justicia (Ef 5.9; 1 Ti 6.11). La secuencia es flexible, pero es completamente apropiado que la verdad anteceda a la justicia aquí. El cristiano es introducido en el reino de la verdad de Dios y es ceñido con ella contra todas las obras engañosas del diablo. De manera que la verdad es tan apropiada como cualquier otra cosa para iniciar la lista de la armadura. La verdad de Dios contra la falsedad del tentador era el tema central en la creación original (Gn 3.5). La verdad fue nuevamente el punto esencial en el

conflicto que tuvo Jesús contra el tentador antes de iniciar su ministerio público (Mt 4.1-11). Y la verdad fue el tema cuando el engañador hizo a Ananías y Safira caer en la recién nacida iglesia (Hch 5.3). La verdad es siempre el punto principal al que se enfrentan los que no son salvos cuando escuchan al padre de las mentiras (Jn 8.44). La lucha del cristiano contra el diablo también se encuentra en el ámbito de la verdad (1 Jn 5.1-6).

El pasaje de la armadura se presenta también en un contexto que ha convertido en crucial la verdad (4.15, 21, 24). La verdad obra en la batalla no solo de modo defensivo contra lo que es falso, sino ofensivamente al ministrar de forma positiva para ayudar a otros y cuidar del crecimiento (4.3, 15, 25, 28). Es una fragancia «agradable al Señor» (5.9-10). Pablo menciona los lomos ceñidos primero, porque al asegurarse la armadura aquí permite que haya libertad de movimiento para pies y piernas. Ya que esto asegura un buen equilibrio, agilidad y rapidez en la batalla, la parte superior del cuerpo se mantendrá erguida. Para un esfuerzo efectivo contra el enemigo, todo depende de un compromiso base con la verdad de Dios (4.21, 24).

Justicia. A menudo vemos la justicia unida con la verdad en la Palabra de Dios. Es el área en que el Espíritu de verdad (Jn 16.13)—el mismo Espíritu que es tan crucial en el pasaje de la armadura (Ef 6.17-18)—convence a los que no son salvos (Jn 16.8-11). Dios imputa la justicia a los creyentes (Ro 3.21—5.21). La justicia es una necesidad absoluta por cuanto él la comparte continuamente en la práctica, todos los días de la vida (Ro 6.1-22; 8.1-39).

Paz. Es adecuado que la tercera parte de la armadura sea «calzar nuestros pies con el apresto del evangelio de la paz». La gente cierra primero con la verdad y con la justicia, y continúa con la paz. Por medio del evangelio, Dios reconcilia a quienes lo reciben (2 Co 5.18-21), confiriendo así paz *con* Él (Ro 5.1)—amistad en lugar de enemistad—del mismo modo que la paz *de* sí mismo para el receptor (Fil 4.7). El centro de ese evangelio, Cristo, es nuestra paz (Ef 2.14), él *estableció* paz (Ef 2.15) y Él *predicó* paz (Ef 2.17). Quienes reciben su mensaje deben ser pacificadores (Mt 4.6-7). Uno de los artificiosos trucos del diablo es poner su pie en la puerta (Ef 4.27), sustituyendo esa paz con agitación en el corazón del creyente o con la discordia entre los creyentes.

Fe. Cuán idóneo es que «el escudo de la fe» siga a la verdad, la justicia y al apresto del evangelio de la paz (Ef 6.16). La fe es el instrumento por el que el no salvo vino a la salvación (véase Ef 2.8) y continúa siendo de primordial importancia en la vida de una persona salva. Pablo dice: «por fe andamos, no por vista» (2 Co 5.7). Aunque no se especifica en este pasaje, cree que esta fe obra «a través del amor» (Gá 5.6). Para él, el amor y la fe van de la mano (Ef 6.23). Él estaría de acuerdo con Juan en que la fe es la victoria que vence al mundo (1 Jn 5.4), porque aquí él describe la fe como un escudo defensivo para detener los dardos de fuego de los emisarios del diablo lanzados contra los cristianos. Toda clase de dardos busca penetrar al pueblo de Dios: dardos de desunión (Ef 4.2-3); ira impía expresada o no expresada (4.25-32), pensamientos, palabras o hechos sexualmente permisivos (5.3-7), tentaciones para ser indulgentes con la embriaguez (5.18), actitudes que amenazan el gozo, el agradecimiento y la sumisión (5.19-21), actitudes y actos faltos de amor en lugar de amor que se asemeje a Cristo (5.22-33) y más.

Tanto los pastores como sus rebaños necesitan fe, porque todos se enfrentan a las mismas trampas. Dios ofrece el mismo armamento a líderes de igual modo que lo hace a los seguidores. Necesitan establecer un ejemplo para el rebaño como lo hicieron los fieles en Hebreos 11 que realizaron unos avances ofensivos victoriosos así como paradas defensivas por la causa de Dios. En Efesios, la mayoría de las referencias a la fe tratan con avances positivos.

Salvación. El quinto elemento en la lista de la armadura es la parte llamada «el yelmo de la salvación». Esto podría significar el casco de protección que es la salvación—el bien es sin límite (véase Ef 1-3, esp. 1.3)—o el casco de protección que proporciona la salvación. En el análisis final, ambas cosas apuntan a la salvación como protectora. La salvación encierra la triple entrega que Dios proporciona en Cristo: en el sentido *pasado*, librándonos eternamente de la pena del pecado, en el *presente*, mediante proceso de dificultades contra el poder del pecado (Ro 7.14-25; 8.39), y una *prospectiva* anticipación de sus promesas de librarnos de la presencia del pecado. Algún día no tendremos más el principio del pecado dentro de nosotros, antes al contrario, seremos redimidos más completa y glorificadamente, y seremos totalmente monopolizados por la santidad de Dios (Ro 8.30; Fil 3.21; 1 Jn 3.2).

La Palabra de Dios. Pablo insta a los creyentes a que tomen un arma final que es «la espada del Espíritu, la Palabra de Dios» (Ef 6.17). En muchos sentidos la Palabra es la espada del Espíritu. él la dio en inspiración, la utiliza para penetrar en el nuevo nacimiento con convicción en los corazones, la usa para alentar el crecimiento y la emplea para ministrar por medio de los creyentes cuando se predica a los perdidos y se instruye a otros creyentes. La Palabra nos guarda de los dardos del enemigo por la fe y también lanza estocadas. Los creyentes no solo detienen al enemigo con la Palabra, infligiendo daño a la causa del diablo, sino que se abren paso para llevar adelante la causa de Cristo de modo positivo.

Como en Juan 15.7-8, este pasaje forma un estrecho enlace entre la Palabra de Dios y la oración. La Palabra es la espada *del Espíritu* (Ef 6.17), y los cristianos deben orar *en Espíritu* (v. 18). El Espíritu enseña la Palabra junto con la voluntad de Dios (Jn 14.26; 1 Co 2.12-13) y ayuda a los cristianos a responder a la voluntad de Dios en la oración (cf. Ro 8.26-27).

El mismo Cristo es todo aspecto de la armadura. Él es la *verdad* (Jn 14.6; Ap 19.11)—el Hijo—que nos da libertad (Jn 8.32, 36). Él es nuestra *justicia* imputada e impartida (1 Co 1.30); Él ha «puesto una justicia como coraza» (Is 59.17). Él es nuestra *paz* (Ef 2.14) y el tema de las Buenas Nuevas, el evangelio. Él es el *fiel* en quien descansa la fe (Ap 19.11). Él es nuestra *salvación* (Sal 27.1) y ha llevado «un yelmo de salvación sobre su cabeza» (Is 59.17). De modo que ha cubierto la cabeza de los creyentes en el día de la batalla, evidentemente con un casco (Sal 140.7). Él es la *Palabra de Dios* (Jn 1.1; Ap 19.13) que el Espíritu ministra. Su boca como el Siervo ideal hablando su Palabra es «como espada aguda» (Is 49.2). Cristo es la armadura, y cuando personaliza esta armadura en un todo compuesto, dice: «sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne» (Ro 13.14). Nos vestimos de Cristo cuando nos ponemos el nuevo hombre, el cual es creado en la justicia y santidad de la verdad (Ef 4.24). Sobre todo lo demás, el imperioso mandato para el pastor de hoy es que muestre a Cristo como «toda su armadura» para gloria de Dios.

Oración con la armadura Cristo representa la esencia de cada aspecto de la armadura, que está estrechamente asociada a la oración. La oración la sustenta: «fortaleceos en el *Señor*» (Ef 6.10). La oración deriva su propósito, compromiso, pasión, valores y prioridad de la Palabra.

Pablo y otros escritores destacan la importancia de la oración de numerosas formas: Pablo muestra cuán vital es la oración con su propio ejemplo en la intercesión por otros (1.15-23; 3.14-21). Sus palabras acerca de la armadura fluyen sin cesar introduciéndose en lo crucial de la oración (6.17-18). La oración es vital para cada parte de la armadura. Esto es evidente por su cuádruple uso de la palabra *todo* en el v. 18 (p.ej., en «orando en *todo* tiempo en el Espíritu»).

La Escritura muestra a menudo, en relación a la oración del creyente, que Dios los fortalecerá, o que Dios celebra su poder que concede por medio de la oración (Sal 138.3; Hch 4.29-31).

Aunque Efesios 6.10-17 no cita la oración, la Escritura la ve como un elemento que inunda toda la armadura (ver *Figura 3*). «Ponte la armadura del evangelio, ponte cada pieza con la oración» es el llamado de un famoso antiguo canto: «Levántate, Levántate para Jesús». ¡Cuán idóneo es! Muchos ejemplos personales en la Palabra de Dios enfatizan la estrecha relación que hay entre la victoria y la oración. Josafat y sus súbditos se prepararon por medio de la oración y vencieron a sus invasores abrumadoramente (2 Cr 20). Daniel y sus amigos respondieron a una amenaza de muerte con una noche de vigilia de oración (Dn 2.17-23). Jesús se enfrentó a varias dificultades, manteniendo su vida en oración (Mr 1.35; Lc 5.16, 6.12; He 5.7).

MacArthur, John. *El Ministerio Pastoral: Cómo Pastorear Bíblicamente.* Nashville: Grupo Nelson, 2009.